

RAYMOND
QUEENEAU

ZAZIE

EN
F

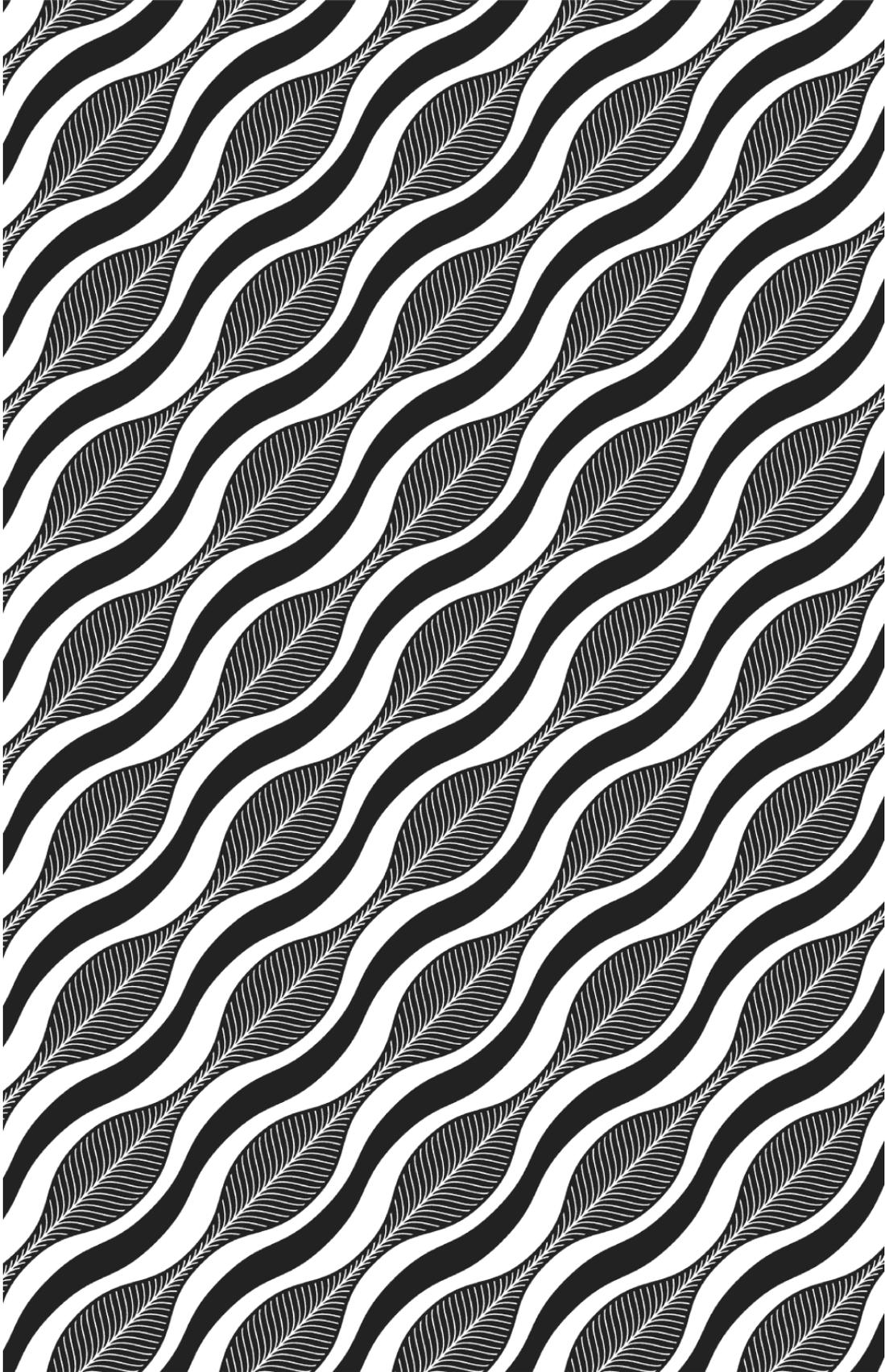
R

TRADUCCIÓN DE ARIEL DILON



Raymond Queneau nació en Le Havre, Francia, el 21 de febrero de 1903. Cofundador de OuLiPo, también fue miembro del Colegio de Patafísico y director de la *Encyclopédie de la Pléiade*. En 1932, en un viaje a Grecia, observó las divergencias entre las lenguas habladas y las escritas, notables en el griego, pero también en el francés. A partir de 1938, empezó a colaborar con la editorial Gallimard, donde fue traductor y miembro del comité de lectura. *Zazie en el metro*, la novela que lo hizo más conocido, fue publicada en 1959. Ese mismo año, Olivier Hussenot la adaptó al teatro y en 1960 Louis Malle la llevó al cine. En diciembre de ese año, junto a François Le Lionnais, fundó el Séminaire de littérature expérimentale (Selitex), un grupo de investigación literaria y científica que posteriormente se convirtió en OuLiPo. Queneau murió el 25 de octubre de 1976, en París.





Queneau, Raymond. Zazie en el metro / Raymond Queneau^{1ª} ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2020. Traducción de: Ariel
Dilon.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN: 978-987-8413-04-4

1. Literatura Contemporánea. 2. Literatura Francesa. 3. Narrativa Francesa.
I. Dilon, Ariel, trad. II. Título. CDD 843

ISBN edición impresa: 978-987-4086-99-0

Título original

Zazie dans le métro

© Editions Gallimard, 1959

© Ediciones Godot, 2020

Traducción Ariel Dilon

Corrección Mariana Gaitán y Natalia Ribas

Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián

Ilustración de Raymond Queneau Juan Pablo Martínez

El traductor agradece a Manuela Cherubini y Ariel Vecchio por el pase del aoristo.
A Margot Nguyen Béraud, embajadora de Picardía en Arles, por aquella matinée en
la Cinémathèque Française.

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication Victoria
Ocampo, a bénéficié du soutien de l'Institut français d'Argentine. Esta obra,
publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación Victoria Ocampo,
cuenta con el apoyo del Institut français d'Argentine.

© Ediciones Godot

edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

[YouTube.com/EdicionesGodot](https://www.youtube.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2020

Digitalizado en EPUB 3.2 por DigitalBe (OCT/2020):

Información de Accesibilidad:



Amigable con lectores de pantalla: Si.

Resumen de accesibilidad: Este ebook incluye valor añadido para permitir la accesibilidad y compatibilidad con tecnologías asistivas. Las imágenes en esta publicación están apropiadamente descriptas en conformidad con

WCAG 2.0 AA.

EPUB Accesible en conformidad con: [WCAG-AA](#)

Peligros: ninguno

Certificado por: DigitalBe

Zazie en el metro
Raymond Queneau

Traducción y notas
Ariel Dilon

Zazie en el país de las mutaciones

Ho *plásas* (“El que lo moldeó” o “lo creó”) *ephánisen* (“desaparece” o “hace desaparecer”), obliga a decir Queneau a un incauto Aristóteles. “En Zazie en el metro hice lo que me dio la gana”, sostuvo. Y no se priva de nada: repeticiones, sustituciones, bifurcaciones de identidad, inversiones de género, transiciones súbitas, torsiones verbales a manos llenas; un tráfico entre niveles de lengua y entre lenguas. Como si el director de la Encyclopédie de la Pléiade, fundador de Oulipo, classicista y patafísico, una oreja en la academia y otra en el empedrado, se diese no una libertad, sino unas reglas que sistematizan su infracción. *Ho plásas ephánisen*. Abracadabra. Queneau es un prestidigitador.

Las nociones de vanguardia y locura se entrecruzan, decía Leopoldo Panero, pues ambas plantean “el problema de una realidad divergente”. “La locura se hace acompañar de una niña, y las niñas son las únicas que escuchan, fieles a su realidad, al loco”. Si aquí la Ciudad Luz es una wonderland ridícula y lumpen, madriguera urbana con su corte de los delirios, Zazie, heroína-niña, deberá contentarse con subterráneos simbólicos. Novela queer, burló la censura que por aquellos años no pasaron *Nuestra Señora de las Flores* de Genet, *Teleny* de Oscar Wilde, *El hombre de mazapán* de Donleavy,

Lolita. Éxito instantáneo en 1959, volvió famoso a su creador anfibio y sutil. La adaptación al cine, por Louis Malle, fascinaría a Chaplin y aún deleita –¡como Alicia!– a públicos de toda edad.

Confundiendo monumentos nacionales, el autor escarnece otra estatuaria: la retórica. Siendo tan francés, escribe en una lengua otra: proteica, omnívora, gozosa, que desconoce fronteras. Yo le pido peras al limonero. Sobre el suelo fértil del español rioplatense, con su pH compatible, injerto en mi arbolito criollo la sinuosa rama del peral de Queneau. Ha de dar peras cítricas, *zázicas*.

Palimpsesto: los personajes de la novela, si hice bien mi trabajo, verán restituido su heteróclito argot en un sueño soñado en porteño.

La acción, en París, es decir en ninguna parte.

ARIEL DILON
agosto de 2020

ὁ πλάσας ἠφάνισεν

ARISTÓTELES

|

D EONDESKAPESTATÁN, SE PREGUNTÓ GABRIEL, superado. No se puede creer, nunca se limpian. El diario dice que no llegan al once por ciento, en París, los departamentos que disponen de un baño; no me sorprende, pero podrían lavarse igual. Yo creo que no se esfuerzan gran cosa, todos estos que me rodean. Por otra parte, tampoco es que sean una selección de los más mugrientos de París. No hay ninguna razón. Es el azar lo que los reunió acá. No hay por qué suponer que las personas que esperan en la estación de Austerlitz huelan peor que las que esperan en la estación de Lyon. En realidad no, no hay ninguna razón. En cualquier caso, qué olor.

Gabriel extirpó de su manga una bolsita de seda color malva, se dio con ella unos toquecitos en el naso.

—¿Qué es lo que apesta de esa manera? —dijo en voz alta una doña.

No pensaba en ella misma mientras lo decía, no era egoísta; se refería al perfume que emanaba de aquel meussieu.

—Esto, madrecita —respondió Gabriel, veloz para la réplica —, es Barbouze, un perfume de la casa Fior.

—No debería estar permitido andar apestando el mundo así — siguió la vieja metereta, segura de estar en su derecho.

—Si no entiendo mal, madrecita, vos creés que tu perfume natural le mata el punto al aroma de las rosas. Pues bien, estás equivocada, madrecita, muy equivocada.

—¿Oís eso? —le dijo la fulana a un tipito que tenía al lado, muy probablemente aquel que disponía de autorización legal para montársela—. ¿Vos oís cómo me falta el respeto, este pedazo de puerco?

El tipito examinó el tamaño de Gabriel y se dijo qué forzudo, pero los forzudos son siempre buenos, no se andan aprovechando de su fuerza, sería una cobardía de su parte. Y le gritó, muy bravucón:

—Apestás, eh, orangután.

Gabriel suspiró. Tener que apelar una vez más a la violencia. Cómo le desagradaba este mandato. Desde la hominización primitiva, aquello no se había detenido nunca. Pero en fin, lo que hay que hacer es lo que hay que hacer. No era culpa suya, de Gabriel, si siempre eran los débiles los que emporcaban este mundo. De todos modos le daría una oportunidad, al moscardón.

—Repetime un poco eso, a ver —va y le dice, Gabriel.

Un tanto sorprendido de que el fortachón contestara, el tipito se tomó su tiempo para pulimentar la siguiente respuesta:

—¿Que te repita un poco qué?

Para nada disconforme con su fórmula, el tipito. Solo que el armario de luna insistía: se inclinó para proferir este octosílabo monofásico:

—Esokakabahedezir...

Al tipito le agarró el miedo. Ahora era su turno, el momento de fabricarse algún escudo verbal. El primero que encontró fue un alejandrino:

—Yo a usted no le permito, señor, que me tutee.

—Cagón —replicó Gabriel con sencillez.

Y levantó el brazo como para encajarle un buen sopapo a su interlocutor. Sin insistir, este se fue al suelo por sí solo, entre las piernas de la gente. Tenía unas ganas tremendas de llorar. Por suerte, ayastaltrén que ingresa en la estación, lo que cambia el paisaje. La muchedumbre olorosa dirige sus múltiples miradas hacia los pasajeros que empiezan a desfilan, los hombres de negocios al frente con su paso acelerado y, por todo equipaje, sus portafolios colgando del extremo de sus brazos y sus aires de saber viajar mejor que los demás.

Gabriel mira a lo lejos; deben venir rezagadas, las mujeres, siempre rezagadas; pero no, aparece una gurrumina que lo interpela:

—Soy Zazie, me juego que sos mi títo Gabriel, vos.

—Soy yo, es verdad —responde Gabriel, ennobleciendo el tono—. Sí, yo soy, tu títo.

La purreta se mata de risa. Gabriel, sonriendo cortésmente, la toma entre sus brazos, la transporta hasta el nivel de sus labios, le da un beso, ella también lo besa, la vuelve a bajar.

—De veras que olés bien, vos —dice la niña.

—Barbouze, de Fior —explica el coloso.

—¿Me vas a poner un poquito detrás de las orejas?

—Es un perfume para hombre.

—Ya ves el objeto en cuestión —dice Jeanne Lolachère, que llega por fin adonde están—. Vos te quisiste ocupar; bueno, ahí lo tenés.

—No va a haber problema —dice Gabriel.

—¿Puedo confiar en vos? Entendeme, yo no quiero que la ande violando toda la familia.

—Pero mami, si sabés que la última vez llegaste en el momento justo.

—En todo caso —dice Jeanne Lolachère—, no quiero pasar de nuevo por la misma historia.

—Quedate tranquila —dice Gabriel.

—Bueno. Entonces los veo pasado mañana acá para el tren de las seis y sesenta.

—En el sector de partidas —dice Gabriel.

—Natürlich —dice Jeanne Lolachère, que ha vivido la ocupación en carne propia—. A propósito, ¿tu mujer, todo bien?

—Te agradezco. ¿No vas a venir a vernos?

—No me va a dar el tiempo.

—Así es como se pone cada vez que consigue un julito —dice Zazie—, para ella la familia ya no cuenta.

—Ta luego, mi amorcito. Ta luego, Gaby.

Y se las pica.

Zazie comenta los acontecimientos:

—Está que arde.

Gabriel se alza de hombros y no dice nada. Manotea la valijita de Zazie.

Pero ahora sí dice algo.

—Nos vamos —eso es lo que dice.

Y arremete, eyectando a derecha e izquierda, a su paso, todo lo que se halla en su trayectoria. Zazie va galopando atrás.

—Tiíto —le grita—, ¿tomamos el metro?

—No.

—¿Cómo que no?

Se ha parado en seco. Gabriel se detiene, a su vez. Se da vuelta, apoya la valijita en el suelo y se pone a explicar:

—En fin, sí, no: hay huelga.

—¿Hay huelga?

—Así es: hay huelga. El metro, ese medio de transporte eminentemente parisino, se ha quedado dormido debajo de la tierra porque los empleados con sus pinzas perforantes han hecho un cese total de actividades.

—Ah, los muy puercos —se exalta Zazie—, los cochinos. Hacerme esto a mí.

—No es que te lo hagan a vos sola —dice Gabriel con perfecta objetividad.

—M'importa un pito. No deja de pasarme a mí, yo que estaba tan feliz, tan contenta y todo de ir a transportarme en metro. Mecachendíé, mierda.

—Vas a tener que resignarte —dijo Gabriel, cuyas palabras se teñían a veces de un tomismo ligeramente kantiano.

Y pasando al plano de la cosubjetividad, añadió:

—Además hay que apurarse, Charle'ta...

—¡Ah! Ese chiste es viejo —esclamó Zazie, furiosa—, lo leí en las memorias del general Vermot. ¹

—Pero no —dijo Gabriel—, dejame terminar, digo que Charles ta'sperando. Es un compinche mío, Charles, que maneja un tacho. Nos lo tengo reservado justamente por la huelga, el tacho suyo. ¿M'entendiste? Vamos.

Volvió a agarrar la valijita en una mano, con la otra llevaba a Zazie a la rastra.

Charles efectivamente los esperaba leyendo, en una cuartilla hebdomadaria, la crónica de los corazones sangrantes. Buscaba, hacía años ya que buscaba, alguna buena panceta a quien ofrendar las cuarenta y cinco cerezas de su primavera. Pero las susodichas que de tal suerte se quejaban en la gaceta le parecían, siempre, o bien demasiado gansas, o bien demasiado turras. Pérfidas o solapadas. Olía la paja en las viguetas de sus lamentaciones y adivinaba a la perra en potencia en la muñeca más magullada.

—Buen día, pichona —le dijo a Zazie sin mirarla, mientras acomodaba cuidadosamente la publicación debajo de sus nalgas.

—Sí que es fea esta chatarra suya —dijo Zazie.

—Subí —dijo Gabriel—, y no seas esnob.

—Esnob mi culo —dijo Zazie.

—Qué graciosa, tu sobrinita —dice Charles, que aprieta la jeringa y hace girar el molino.

Con una mano, ligera pero potente, Gabriel manda a Zazie a sentarse en el fondo del tacho, y luego se sienta a su lado.

Zazie protesta.

—Me estás aplastando —chilla, loca de rabia.

—Esto promete —observa Charles, sucintamente y con voz serena.

Y arranca.

Circulan un poco, Gabriel señala el paisaje con gesto magnífico.

—¡Ah, París —profiere en un tono alentador—, qué hermosa ciudad! Mirame eso, si no es una belleza.

—M'importa un pito —dice Zazie—, yo lo que quería era meterme n'el metro.

—¡El metro! ¡El metro! —brama Gabriel—. ¡Pero si ahí lo tenés!

Y con el dedo señala una cosa en el aire.

Zazie frunce el ceño. Esconfía.

—¿El metro? —repite—. El metro, el metro —añade con desprecio—, si va por debajo de la tierra, el metro. No, si te digo que.

—Esdeahí —dice Gabriel— es el aéreo.

—Tonces no es el metro.

—Yo te voy a explicar —dice Gabriel—. Algunas veces, sale de la tierra, y después se vuelve a meter.

—Puros cuentos.

Gabriel se siente impotente (gesto). Luego, deseoso de cambiar de conversación, señala una vez más alguna cosa en su camino.

—¡Y eso! —muge—. ¡Mirá! ¡El Panteón!

—Las cosas que hay que oír —dijo Charles sin darse vuelta.

Manejaba lentamente para que la chiquilina pudiese ver las curiosidades y de paso se instruyese.

—¿Así que no es el Panteón, eso? —dice Gabriel.

Hay algo de socarrón en su pregunta.

—No —dice Charles con energía—. No, no y no, eso no es el Panteón.

—¿Y qué vendría a ser, entonces, según vos?

La socarronería del tono se torna casi ofensiva para el interlocutor, quien, por lo demás, se apresura a confesar su derrota.

—No tengo idea —dice Charles.

—Ahí tenés.

—Pero no es el Panteón.

Es que es un ostinado, el Charles, después de todo.

—Vamos a preguntarle a un transeúnte —propone Gabriel.

—Los transeúntes —replica Charles— son todos unos boludos.

—Eso es muy cierto —dice Zazie con serenidad.

Gabriel no insiste. Descubre un nuevo objeto de entusiasmo.

—Y eso —exclama—, eso es...

Pero le corta la palabra una súbita eurecuación de su cuñado.

—Lo tengo —chilla—. Eso que acabamos de ver, claro que no era el Panteón, era la estación de Lyon.

—Puede ser —dice Gabriel con desenvoltura—, pero ahora ya es pasado, no hablemos más de eso, mientras que mirame esto de acá, pichona, si no es una preciosura arquitectónica, Les Invalides...

—Vos te habrás dado un golpe en la cabeza —dice Charles—, eso no tiene nada que ver con Les Invalides.

—A ver —dice Gabriel—, si no es Les Invalides, informanos vos loqués, a ver.

—No lo tengo muy claro —dice Charles—, pero a lo sumo será el cuartel de Reuilly.

—Ustedes —dice Zazie con indulgencia— son un par de ridículos.

—Zazie —declara Gabriel, adoptando un aire majestuoso que encuentra sin dificultad entre su repertorio—, si vos realmente tenés ganas de ver Les Invalides y la tumba verídica del Napoleón verdadero, yo te voy a llevar.

—Napoleón mi culo —replica Zazie—. No me interesa para nada, ese engreído con su sombrerito idiota.

—¿Y qué es lo que te interesa, entonces?

Zazie no responde.

—Sí —dice Charles, con gentileza inesperada—, ¿qué es lo que te interesa?

—El metro.

Gabriel dice: ah. Charles no dice nada. Y a continuación Gabriel retoma su discurso y vuelve a declarar: ah.

—¿Y cuándo se va a terminar, la huelga esa? —pregunta Zazie, hinchando cada una de sus palabras de ferocidad.

—Ni idea —dice Gabriel—, yo no me meto en política.

—Eso no es política —dice Charles—, es por el mendrugo.

—Y usted, msieu —le pregunta Zazie—, ¿también hace huelga, a veces?

—Claro, para que suba la tarifa.

—Más bien se la tendrían que bajar, la tarifa, con esta carreta que tiene, más feas no las fabrican. ¿Por casualidad no la habrá encontrado a orillas del Marne? ²

—Ya casi llegamos —dice Gabriel, conciliador—. Ahí está el bar de la esquina.

—¿De qué esquina? —pregunta Charles, irónico.

—De la esquina de casa, donde vivo yo —responde Gabriel con candor.

—Entonces —dice Charles—, noesese.

—¿Cómo me vas a venir a decir que no es ese? —dice Gabriel.

—Ah, no —protesta Zazie—, no irán a empezar de nuevo.

—No, no es ese —le responde Charles a Gabriel.

—Caramba, es verdad —dice Gabriel, mientras pasan por delante del bar—, a ese nunca fui.

—Decime un poquito, títo —pregunta Zazie—, cuando decís así boludeces, ¿lo hacés aprósito o sin querer?

—Es para hacerte reír, mi pichona —responde Gabriel.

—No te preocupes —le dice Charles a Zazie—, no lo hace a prosópito.

—No es muy vivo que digamos —dice Zazie.

—La verdad —dice Charles— es que a veces lo hace a prosópito y a veces no.

—¡La verdad! —clama Gabriel (gesto)—, como si vos supieras loqués. Como si alguien en este mundo supiera loqués. Todo esto (gesto), es todo trucho: el Panteón, Les Invalides, el cuartel de Reuilly, el bar de la esquina, todo. Sí, todo trucho.

Y añade, abrumado:

—¡Ay, ay, qué miseria!

—¿Querés que paremos a tomar un aperitivo? —pregunta Charles.

—No es mala idea.

—¿En La Cave?

—¿En Saint-Germain-des-Prés? —pregunta Zazie, que ya menea la cola como un perrito.

—Ah, pero, si te digo que... ¿vos qué te pensás, nenita? Más pasado de moda que eso no hay.